

PRECIO EN MADRID.

Por un mes. 4 reales.
Por tres id. 11 »
Por seis id. 21 »
Por un año. 40 »
La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Cuatro cuartos número.

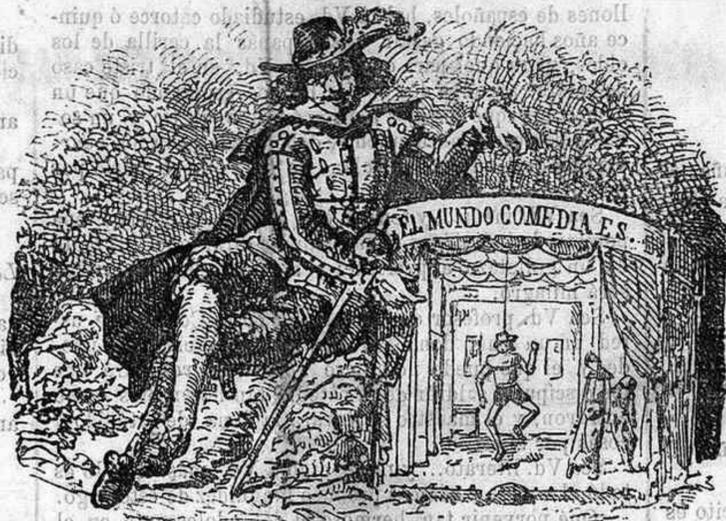
ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 82, principal izquierda.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se reciba con el aviso, en libranza ó sellos. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

DIRECTOR: X

LUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. 15 reales.
Por seis id. 28 »
Por un año. 50 »
EXTRANJERO.—Por tres meses. 30 »
ULTRAMAR.—Un año. 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana.—jueves y domingo

Cuatro cuartos número.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 82, principal izquierda.

Toda suscripcion hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

DIBUJANTES:

PEREA Y LLOVERA.

GIL BLAS

ADVERTENCIA.

La Administracion de GIL BLAS suplica á los vendedores de provincia, que se sirvan remitir su importe con exactitud, antes del primer número del mes próximo, sino quieren experimentar retraso.

Los suscritores de provincias, cuyo abono venza á fin de Mayo, se servirán renovar como Dios manda.

CRÓNICA POLÍTICA.

El cardenal Andrea ha muerto, y esta muerte inesperada ha causado en Roma, segun desde allí escriben á los periódicos, una sensacion profundísima.

Aunque el cadáver no se ha expuesto al público, una inmensa multitud ha visitado constantemente el palacio de Gabrielli, residencia del difunto cardenal.

Como parece que hemos convenido en que el término de la vida sea el comienzo de los elogios y de las alabanzas, es muy probable que principie para el cardenal Andrea una serie de encomios póstumos, de los cuales nadie se admirará y yo menos que nadie.

Para entonces me reservo discurrir un poco acerca de este fallecimiento que ha sorprendido desagradablemente á los amigos del sabio prelado.

Entre tanto, y hasta que nuevos pormenores esclarezcan todas las circunstancias del suceso, lo que se presenta claro como la luz es que, si bien la crónica afecion al pecho que padecia el adversario político de Antonelli hacia temer un desenlace doloroso para un término más ó menos próximo, por ahora, nada indicaba que tan contados estuviesen los días del cardenal difunto.

Profano como soy en la ciencia de Hipócrates y de Galeno, ignoro si los doctores en ella explicarán razonablemente, supuesto el estado valetudinario de monseñor Andrea, que dos entrevistas algo animadas, quizás más que animadas, casi tempestuosas, hayan podido anticipar la muerte que, aun esperada, se suponía mucho más lejana; creo que debe de haber en efecto una manera de explicar este hecho satisfactoriamente, porque siempre he supuesto que uno de los fines principales de la ciencia es dar forma determinada á lo que instintivamente adivine con cierta vaguedad el sentido comun.

Por otra parte, algunos pormenores que he leído en correspondencias publicadas en distintos periódicos, parece que confirman esta sospecha mia de que la muerte del cardenal Andrea ha llegado más pronto de lo que se creia, por efecto de las entrevistas á que antes me he referido.

Nada más natural que este efecto, dada la causa que lo ha producido. No es necesario discurrir con mucha lucidez, ni haber profundizado gran cosa en las ciencias

médicas para comprender cuán peligrosas son la agitacion, las emociones fuertes, las sacudidas violentas para los que se encuentran en el caso del cardenal que ya no existe.

Pues bien; segun se dice en una correspondencia, la primera entrevista le afectó tanto al prelado, que fué acometido por esa tosecilla tan peculiar de la dolencia que le aquejaba, y tuvo que tomar asiento para reponerse.

Si á esta penosa audiencia se agrega la entrevista con el cardenal Antonelli, aun menos tranquila que la anterior, no parecerá ya extraño que el cardenal Andrea, al volver de paseo, muriese en poco tiempo en una silla.

Yo, poco aficionado á derramar flores sobre las tumbas de los hombres notables, no muy dado tampoco á entonar cantos épicos en loor de las que fueron en vida personas importantes, y dejaron por ende tristes recuerdos para los unos y al par memoria grata para los otros, yo, que, perdonésemela franqueza, hallo ridiculo y acaso punible que al borde de una tumba haya otra cosa que las lágrimas de los amigos y las oraciones de los creyentes; yo, que he creido siempre que los fueros de la justicia y de la imparcialidad no terminan en el sepulcro, no he de olvidar en este momento mis convicciones de toda la vida.

El cardenal Andrea ha muerto.

Sean cualesquiera las circunstancias que han señalado los últimos momentos de su vida pública, nadie puede desconocer que era un hombre instruido, y un prelado inteligente y liberal de corazon.

Que la tierra le sea ligera.

Por lo demás, en esta nuestra tierra, clásica del garbano y de las corridas de toros, continuamos sin novedades.

Si se exceptúan los periódicos neos cuando hablan de ciencia, nada más gracioso que el diario ministerial La España, echándola de jaque, tosiendo fuerte y escupiendo por el colmillo.

En uno de sus últimos números nos habla La España con cierto airecillo de chacota y de bulla, de yo no sé qué rumores de crisis ó de cambios en la marcha de los sucesos políticos. Decia que existen noticieros infelices que se pasean, (¿quién lo diría?) desde la Puerta del Sol hasta la calle de Sevilla (¡Olé! eso sí que se llama estar bien informado, compadre) y decia además, que los noticieros tenian la cara de este modo y del otro, y tambien decia que los noticieros andaban mohinos en estos últimos tiempos, y decia... yo no sé cuántas cosas decia además de estas, que cuando el hombre tiene obligacion de llenar unas cuantas cuartillas, y nada encuentra de que hablar, no es extraño que invente, como el cándido articulista de La España, noticiones inverosimiles que nadie ha visto, para tener la inofensiva y pueril satisfaccion de burlarse de ellos.

No de otro modo creaba el célebre D. Quijote castillos donde habia ventas, princesas donde existian sólo mozas del partido, gigantes en los molinos de viento, ejércitos en los rebaños.

Cuenta sin embargo, nuevo Quijote, mucha cuenta con vuestras invenciones y vuestras locuras, que pocas de las del ingenioso hidalgo dejaron de terminar colocándole en situacion ridícula, cuando no acababan, y esto era lo peor, dejándole molido y quebrantado.

¡Que tales han sido siempre y son todavía los perances á que están sujetas las peregrinas invenciones de las inteligencias enfermas!

¡A VERANEAR!

El tren va á salir. Varios viajeros esperan en las salas de descanso la señal.

En efecto, una campana suena, y las puertas que dan al anden se abren.

Todos corren á buscar el mejor asiento, no convencidos todavia de que son iguales los asientos todos de una misma clase.

Entramos en el período de las grandes confusiones. ¡Un poquito de atencion, caballeros!

El presupuesto de 1868.—¡A ver, el mejor asiento para mí! Yo pago más que nadie.

Un viajero (á otro).—¿Quiere Vd. decirme quién es ese caballero que se dá tanto tono?

—¿Cuál, ese que mete tanto ruido? Un señor muy particular. Figúrese Vd. que no tiene nada de bonito...

—Eso se conoce á la legua.

—Pues bien, á pesar de ello tiene partido con todo e mundo...

—¿Partido á todo el mundo?

—No, con todo el mundo.

—¿Y por qué?

—Porque tiene más dinero que los otros.

—¿Y quién se lo dá?

—Los otros.

El presupuesto de 1868.—Bueno, me acomodaré aquí. Gracias á Dios tengo todos los documentos en regla.

Llevo la cédula de vecindad por si me la piden.

Una voz (asomándose á la portezuela:)

—¿Caballero?

—¿Eh?

—¿A dónde vá Vd.?

—A veranear.

—¿Hombre!

—Lo que Vd. oye.

—¿El pasaporte?

—Tome Vd. la cédula.

—(Leyendo.) «Aprobado por las Cortes; sancionado por la corona...» Está en regla. Puede viajar Vd. por donde le dé la gana. (Vase.)

Una señora.—En este coche podemos entrar, que no vá más que un asiento.

El presupuesto.—¿A que se llena el coche? Verá Vd. cómo no me dejan tenderme á la larga!

(Entran en el coche varias personas.)

La señora de antes.—Buenas noches.

La locomotora.—¡Paf... paf!

El presupuesto.—Esto marcha.

La señora.—¡Sentaos á prisa!

El presupuesto.—¡Vá Vd. muy lejos, señora!

La señora.—Hasta el último pueblo de España, si Dios quiere. Yo soy la ley de instrucción pública últimamente aprobada por el Senado.

El presupuesto.—¡Ah! Tengo el honor... (Hace una reverencia.)

La ley de instrucción pública contesta con otra, y dice á sus compañeros:

—Saludad á este caballero, que si no me engaño, es nuestro protector... por este año.

—Y á mucha honra. ¿Y quiénes son sus compañeros? si se puede saber.

La señora.—No hay inconveniente: este jovencito es el crédito territorial. Saluda, niño.

El crédito territorial.—¡Para servir á Vd.!

La señora.—Aquellas son varias leyes de tribunales, y la que está en frente es la ley de imprenta.

El presupuesto.—¡Bravo! Es decir, que todos estamos despachados por este año.

—Por lo visto...

—Y ya que la moda se empeña en sacarnos de Madrid en verano, no hay otro remedio sino elegir el punto más cómodo.

—Yo voy á Santurce...

—Yo á Santa Agueda...

—Yo á Santander...

—Yo á San Sebastian...

—¡Qué casualidad, todos vamos á santos!..

La locomotora.—¡Chchechch! ¡chchechch! ¡chchechch!

Una voz.—¡Viajeros, al tren!

La campana.—¡Dan, dan, dan!

El presupuesto.—¿Y qué tal le han tratado á Vd. en el Congreso, jóven?

El crédito territorial.—Hombre, si he de decir á usted, bastante mal; en cambio en el Senado no me han dicho una palabra.

La señora.—A mí me ha ido mejor que á nadie, porque el Senado ni siquiera me ha discutido.

La ley de imprenta.—Nadie ha sido tan respetada como la que dirige á Vds. la palabra en estos momentos. A mí se me aprobó desde el principio por autorización.

El presupuesto.—Si no me engaño, deben tener también sus papeles corrientes otras leyes presentadas con urgencia últimamente.

—Es verdad, no tardarán en venir... A no ser que hayan subido á otro coche...

El presupuesto.—Ya estamos en marcha. ¡Calle! En ese rincón se ha dormido una señora... ¡Temprano lo toma!

La señora de antes.—Esa es la Ley de vagos.

El tren apresura su marcha.

Dos viajeros.—Llegan al andén gritando:

—¡Eh, eh! ¡Cielos, se van!

El dependiente.—Caballeros, ya no pueden Vds. salir hasta el otro viaje.

—¿Qué será?..

—¡El año que viene!

Uno.—¡Ah! Yo me desmayo. (Cae sobre el dependiente.)

El Otro.—¡Ah, yo muero! (Cae sobre los rails.)

El primero era D. Auxilio á las empresas de ferrocarriles.

El segundo D. Canal de Tamarite.

Efectivamente, ambos han quedado sin aprobar en la legislatura que terminó el 20 de mayo.

¡ESTO VA MAL!

Para quien tenga génio observador, la época presente se presta á grandes y filosóficos estudios. Siempre he creído que en España lo peor que hay que tener es carrera. A más de cuatro lectores les parecerá grave esto que con toda formalidad les digo. Y sin embargo, es muy cierto, y dispuesto estoy á probarlo. Tener carrera en España, es perder el tiempo y la salud para lograr morir de hambre. Sea Vd. abogado; será Vd. lo que son dos ó tres mi-

llones de españoles, habrá Vd. estudiado catorce ó quince años haciendo gastar á sus papás la cerilla de los oídos, ¿para qué? para que se vea Vd. en el triste caso de estar algunos dos ó tres lustros esperando que un vecino le saque los ojos á otro, ó á que un tío y un sobrino disputen sobre quién se debe quedar con los cuartos que dejó un Sr. D. Fulano de Tal, que se murió por no enfadarse.

Sea Vd. médico, y tendrá que ayudar á morir á una porción de individuos cuyas familias dirán que Vd. mató de un golletazo al paciente; y si cobra Vd. las visitas será milagro.

Sea Vd. profesor de... cualquier cosa. Como vive usted en un país donde el que quiere aprender no puede, y el que puede no quiere aprender, resultará que los discípulos saldrán de la cátedra tan hotentotes como entraron, y el maestro se llevará la fama de estúpido y cosas por el estilo.

Sea Vd. literato... y no le digo á Vd. más. Eso lo es todo el mundo y además produce languidez de estómago.

¡Qué porvenir tan hermoso el del adolescente en el país de los toros y de las casas de préstamos!

Desengañémonos, amigo lector, vale mucho más no tener carrera.

Vale más dedicarse á buscar distritos, ó á enamorár viejas, que es cosa de gente fina y ayuda á la digestión por de pronto.

Conozco millares de hombres que gozan de consideración y aprecio, y ni en su vida estudiaron leyes ni saben á punto fijo si deben escribir Cristo con Q ó con S mayúscula.

Les he visto cruzar los salones con la cabeza erguida y unos cuellos muy tiesos, recibiendo saludos de todo el mundo, y siendo los niños mimados de todas las fiestas.

—¿Quién esese? preguntaba yo.

—Ese? (me respondían) ese es... D. Fulano.

—¿Y qué es?

—Ah, es... yo le diré á Vd... él es muy rico...

—Basta, basta; no hay que decirme más.

Y me veía obligado á exclamar como los personajes de los melodramas que rabian de celos aparte:

—¡Todo lo comprendo!

He conocido un hombre cuya historia es más notable que la de Napoleon el Grande.

Llegó á Madrid el año 48, vestido de chaqueta y con un capitalito de siete reales y medio, que ya es algo, ¿eh?

Al año llevaba levita, y leía de corrido.

A los dos años se compró una capa con embozos de felpa, y decía en el café que iba á emprender un negocio.

A los tres años era corrector de pruebas de un periódico.

A los cuatro publicó una memoria acerca del crédito (¡del crédito, y no le conocía ni de vista!)

A los cinco le llamaba *La Correspondencia* distinguido escritor, publicista notable y presunto diputado.

A los seis representó á un pueblo entero en el Congreso.

A los siete era gobernador.

A los ocho contratista.

A los nueve se casó con una mujer millonaria.

A los diez pidió una autorización para hacer un ferrocarril.

A los once enviudó sin saber cómo.

A los doce se hizo un palacio.

A los trece tuvo la inoportunidad de morir, dejando á su hijo una fortuna de cuarenta y dos millones.

El día de su entierro no hubo bastantes coches en Madrid para hacer el servicio público.

La prensa le dedicó grandes párrafos. «Banquero distinguido, escritor notabilísimo, hombre próbo, su muerte fué como su vida.» (Y murió de gangrena.)

Pues bien, aquel hombre nunca supo quién fué el padre de los hijos del Zebedeo.

¿Para qué necesitó aquel hombre la carrera?

¿Qué hubiera sacado con romperse la cabeza estudiando?

Lo que otro ex-conocido mio, que vive por cierto, y que lo pasa como un príncipe.

Es otro modelo que deben estudiar los jóvenes inexpertos.

Jamás carece de nada.

Sus amigos (que pasan de seis mil) le llaman siempre Juanito.

Tiene cosas. (El hombre que tiene cosas está autorizado para todo.)

Su porte es elegante; su conversacion eruditísima. Su lengua incansable.

¿Y en qué se ocupa? me preguntará Vd. ahora.

En nada; en comer, en beber, en dormir. Y todavía le falta tiempo; ¡porque los días son muy cortos! ¿Verdad que son muy cortos?

El gran secreto de mi ex-conocido consiste en lo siguiente:

Vaya Vd. á las cinco de la tarde á verle.

Saldrá su criada, y le dirá á Vd.:

—El señorito no come hoy en casa.

Ahora dígame Vd., amigo lector, ¿se necesita tener carrera para ganarse el pan, y el vino, y hasta los postres?

Preguntémosle al abogado, al médico, al artista, al que vive de su trabajo, si con todos sus años de estudio han encontrado en algun libro el medio de poder comer todos los días gratis.

¡Oh! ¡La sociedad! ¡La sociedad! exclama un cómico personaje de cierta obra bufa. Y es lo único que se me ocurre en este momento.

Y por si acaso alguien me sale al encuentro y me dice que á cuento de qué vengo hoy con tales declamaciones, me veo en el caso de explicarme claro.

Las anteriores observaciones me las ha sugerido un anuncio que he leído estos días.

Un anuncio que no debe de extrañar á nadie en un país en que apenas llueve, y en el que se dan casos de sentar plaza de millonario.

Un anuncio, en fin, que resume toda una época.

Decía esto, sobre poco más ó ménos. Lo ha publicado *La Correspondencia*.

«Un caballero que ha ejercido de abogado muchos años y que ha sido hasta hace poco juez de primera instancia, desea encontrar colocacion, de escribiente ó cosa parecida.»

El lector no extrañará ahora el título que lleva este artículo, tan desaliñado como el asunto lo requiere.

MELODÍAS BUFAS.

X.

ECOS DE MADRID.

Dos ó tres noches hará que por gozar la frescura que busca la gente ya, vagaba yo á la ventura por la calle de Alcalá.

Yendo de aquí para allí frente á una puerta me vi tras la cual hablar se oía, era de noche, llovía, y en la puerta me embuti.

Y al ver unos cartelones me asaltó al punto la idea de que da allí sus reuniones no sé qué reina Hermensea mómia de los Faraones.

Y ella era precisamente la que con voz estridente, propia de los manicómios, hablaba con otros mómios de la manera siguiente:

—¿Viste entre la turba loca que hoy entró aquí de rondon, uno con ojos de foca? Pues aquel es un maton que á todo el mundo provoca... boca.

—¿Viste aquel señor tan feo que vino con su mujer á la vuelta de paseo, dando el brazo á un bachiller su sobrino y cirineo?... Neo.

—¿Viste aquel, puesto á lo curro, que habla siempre, y siempre mal, y que por más que discurre cuando él habla más formal más oyéndole me aburro?... burro.

—¿Y aquella de faz tranquila que entre las de mucha edad forma en la primera fila, y aun quiere en la sociedad representar la Dalila?... lila.

—¿Y aquel de carácter pronto que piensa emigrar al Ponto en pos de fortuna y gloria, refiriendo de memoria la batalla de Bitonto?... tonto.

—¿Y qué me dices tambien del que con tanto desden nos fué levantando el velo, y entre mí y yo no sé quién estableció un paralelo?... lelo.

—Entonces, si suerte igual suele ofrecer el mortal á lo simple y lo precioso, ¿qué es el hombre en general aun siendo sabio y hermoso?... oso.

—¿Y el que es su abogado aquí le dejará siempre así?

—¿Si?

—¿Y le verá siempre yo fiel á quien le envenenó?... ¡No!

LAS METAMORFOSIS DEL DIA.—POR LLOVERA.

Parce que el Sr. Villadola se sigo presto en libertad...
 GIL BLAS se sigo presto en libertad...
 con los neos, hace tiempo que nos hemos propuesto...
 en la misma no...

Llamos vna carta...
 GIL BLAS se sigo presto en libertad...
 con los neos, hace tiempo que nos hemos propuesto...
 en la misma no...

Nuestro poeta...
 GIL BLAS se sigo presto en libertad...
 con los neos, hace tiempo que nos hemos propuesto...
 en la misma no...

LAS DEL POLLO.



El cascaron.



Desarrollo.



El primer vuelo.

PARA TIEMPO



Larva (nos limpia).



Horuga (nos pasea).



Mariposa (nos despluma).

LAS DEL NEO.



¡Calabaza!



¡¡Calabacin!!



¡¡¡Calabazon!!!

CABOS SUELTOS

—¡Hola, doña Escolástica! ¡Cómo es esto? ¡Pues no me han dicho que había Vd. perdido el juicio!
 —¡Vea Vd. lo que se miente! A mí me han dicho que Vd. lo había recobrado.
 En un teatro de Madrid se trató a fin de temporada de poner en escena un drama muy sentimental.
 El poeta exigía para el segundo acto una decoración de selva virgen, porque la escena pasaba en América.
 —Está bien, dijo el pintor, haremos que aparezca toda la vegetación de las Antillas: el plátano, la piña, el banano, el cocotero... pero y los monos, ¿dónde encontraremos los monos?
 —Pierda Vd. cuidado, respondió el poeta, los monos serán los actores.

¡Otro libro divertido y barato!
 Se llama *Madrid de noche*.
 Es un cuaderno con treinta caricaturas, y vale ¡pos REALES!
 Se vende en la librería de Durán.
 Por fin vamos a ver una tragedia.
 El miércoles da su primera función la compañía italiana en el teatro de la Zarzuela.
 La obra elegida es *Otello*.
 Se trata de aquel moro celoso que no consiente pulgas.
 ¡Bonito génio tiene el tal moro para consentir que su mujer le falte!
 Le digo a Vd. que hay que ver estas cosas en el teatro, porque ya es donde únicamente suceden.
 No se mata todos los días a una mujer por esas cosas. Luego es preciso confesar que Rossi es un gran actor. Un actor así nos hace falta a nosotros, y tendremos que contentarnos con que nos lo preste Italia.
 No falten Vds.

Hay en el teatro de Verano una bailarina que llama la atención.
 Es una de las mujeres mejor formadas que han salido de las fábricas españolas.
 No me acuerdo de su nombre, pero me acuerdo de sus piernas.
 ¡Vaya un sistema columnario!
 De todos los noticieros *La España* se burló ayer; ninguno debe decir «de este agua no beberé.»
 El Senado francés ha desechado la proposición contra el racionalismo de ciertos profesores.
 El voto del Senado nos parece justo, pues que en Francia hay libertad de conciencia.

